

Richard Ford

El mejor golpe

Edgar Esquivel

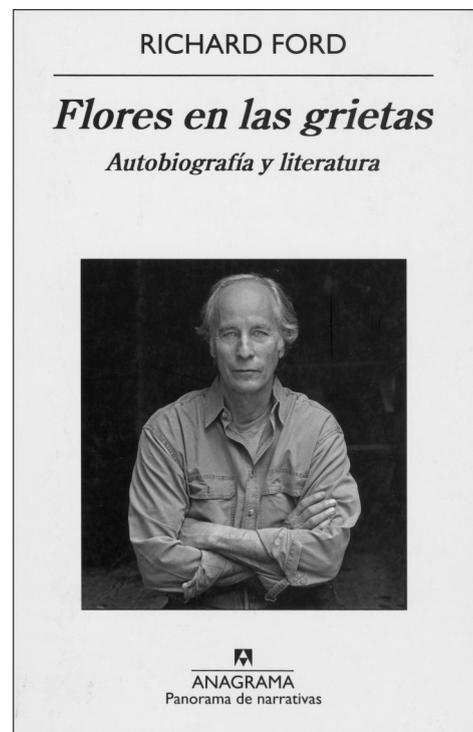
“El hecho de pegar en la cara, al fin y al cabo, no es particularmente interesante, en la medida que carece incluso de la mínima pizca de optimismo”. Richard Ford nunca ha sido pugilista, pero aprendió de su abuelo, boxeador, lo esencial para saber que incluso un escritor puede atreverse a resolver determinadas situaciones mediante la fuerza: “Estar dispuesto a dar un puñetazo en la cara a otra persona tenía [tiene] un significado”. Es sentencia de *En la cara*, uno de los trece textos (algunos traducidos por vez primera al español) que componen *Flores en las grietas*, libro en el que el autor disecciona la literatura como autobiografía y reflexiona sobre situaciones cotidianas que inciden en la mutación o reafirmación de las decisiones que derivan en la composición de una historia escrita.

El estilo de Ford se esparce haciendo que el conjunto de piezas intercalen la anécdota y el análisis escrupuloso de autores y obras capitales en su desarrollo como creador (Carver, Yates, Salter, Chéjov). Por supuesto que el placer de descifrar los códigos de un escritor es el equivalente a presenciar una especie de *making-of* de su narrativa, hecho que en el caso del autor de *El día de la independencia* ratifica sus virtudes: esmerarse en que la sencillez y lo contundente sean lo esencial de un relato; controlar la tensión y enfocar los lances precisos de un cuento o una novela para que al finalizar su lectura nos veamos o sintamos “afectados”; pero también no hay que descartar otras motivaciones, miedos y obsesiones, es decir, hacer literatura ágil y directa, justo como un sólido puñetazo *en la cara*, no proviene sólo de un elemental deseo de recomponer el mundo: “Naturalmente, las buenas intenciones no hacen buena literatura”.

Supongo que este tipo de discusiones (¿de dónde viene la escritura?) sobreviviría un *nuevo diluvio*. Se escribe y se lee por una serie de razones (curiosidad, obligación o necesidad) y por asuntos meramente íntimos (ocio, placer o ansiedad); pero dentro de lo objetivo y subjetivo de este binomio no se soslaya la construcción de identidades, gustos, categorías, ni mucho menos el enfrentamiento con nuestras creencias o circunstancia. Y a diferencia de lo poco interesante que resulta descontar un rostro cualquiera, sacudir violentamente la razón o la percepción de uno sí detona un mínimo optimismo. El escritor es un boxeador atípico: golpea sin hacer un impacto físico. Por supuesto no es que los creadores sean incapaces de batirse o estén exentos de ira y resentimiento, sino que la hechura y naturaleza de sus obras procuran que sea más sustancioso no hacer uso de la furia de unos puños. Al margen de la pretensión romántica (que va de oficio) la buena ficción es la que no resta simpleza y nos empuja a desmontar una apretada existencia de esos cuadros convencionales donde nos empeñamos en situarla.

Otro ejemplo, no menos delicado y sutil, pero osado y difícil de percibir, es el del boxeador que no golpea para ganar. Aduce Ford que “el boxeo parece implicar mucho más que dar golpes, como no dejarse golpear, intentar cierta gracia, incluso la compasión, el *pathos* o la dignidad. Aunque es posible que lo único que interesa al boxeo —además del dinero— sea golpear en la cara, y que los aficionados a ese deporte hayan creado simplemente hábiles mecanismos de lenguaje para defenderlo de su penosa superfluidad”. El traslape literario arrojaría un resultado semejante: “Los grandes relatos son acumulaciones de planifi-

Para Milo



cación, vigor, voluntad y aplicación, pero también de suerte, error, intuición e incluso, quién sabe, repentina inspiración para todo aquello para lo que no hay clave y en cuyo seno las cosas a menudo ocurren simplemente”.

La literatura, como la suerte, no siempre posee un origen. A George Foreman, ex campeón de box, nadie se lo dijo. Se resignó a un movimiento de su oponente que amenazaba quietud y Muhammad Ali lo venció en *El combate del siglo*, por nocaut, para arrebatarle el campeonato y la gloria absoluta. Era el octavo *round* y en diez segundos dejó de ser el mejor: *Cuando* —dice Foreman— *yo me estaba cayendo, tambaleándome, intentando agarrarme, él me vio. Normalmente das el golpe de gracia en ese instante. Eso habría hecho yo. Él se preparó para lanzar su derecha, pero no lo hizo. El mejor golpe, probablemente de todo el combate, nunca hizo impacto*. Lo que sabemos o nos dicen acerca de cómo son las cosas no basta si después de un instante la realidad ya no es la misma, pero a veces tampoco es suficiente sentir o ver las costuras de la existencia. **U**